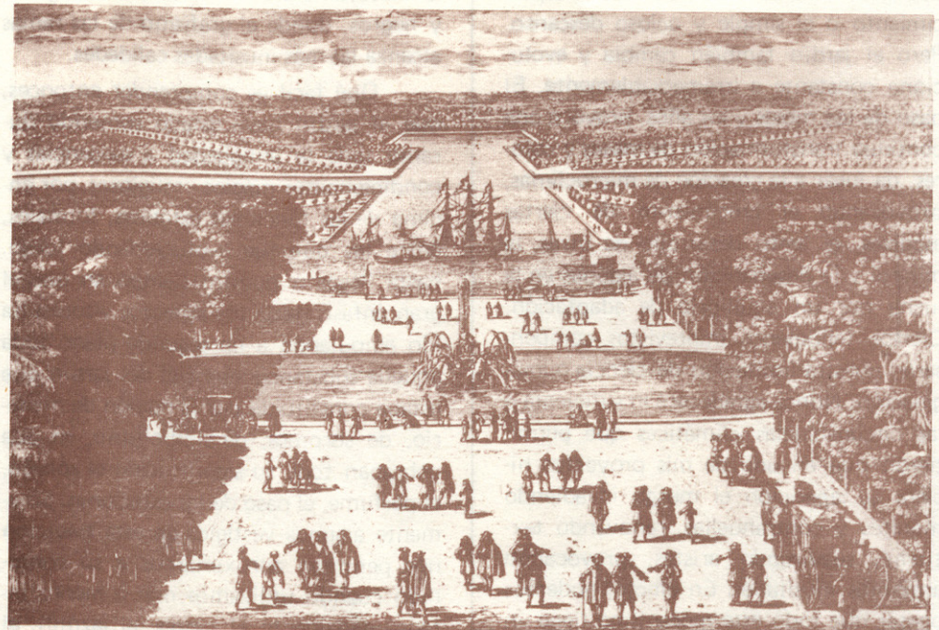
Del Rey Sol a la sociedad de masas de la actualidad, Versalles sigue andando...



e grand canal. (Photo Bibl. Nat. Paris.)

EL JARDIN en el TIEMPO y en Nuestro Tiempo

Leandro Silva Delgado

Teniendo en cuenta, que todo mi quehacer profesional se ha desarrollado siempre dentro del campo de la jardinería y el paisajismo, puede parecer incomprensible que me resulte difícil sustraerme a la tentación de pedir disculpas por abordar este tema. No se trata de falsa modestia, pero sí tal vez, de un cierto excepticismo ante la idea de traducir en palabras algunos de los conceptos surgidos a lo largo de unos cuantos años de convivencia con el tema.

Una primera dificultad, ante la palabra JARDIN y el concepto que encierra: materialización del sueño del microcosmos, laboratorio de evasión, terreno experimental de la fantasía y del absurdo, burla de la geografía, capricho y deleite de los más ricos y de los más pobres, hijo equívoco y conflictivo de la Botánica, exaltación de las más bellas arquitecturas... o cortina de humo de otras menos bellas, el jardín ha encontrado su expresión en diferentes momentos históricos, para llegar hasta nosotros guardando algunas de sus características esenciales, algunos patios andaluces a veces muy modestos, balcones de muchas de nuestras viviendas subvencionadas, residencias privadas, urbanizaciones... pálido reflejo pero idéntico mecanismo, ya lo analizaremos.

No resulta fácil, una vez detectada la continuidad del jardín como actividad creativa a lo largo de la historia, el pretender delimitar períodos, constatar influencias, y delimitar rigurosamente las formas con que el jardín ha respondido a las exigencias de cada cultura. Existen períodos oscuros, como por ejemplo los correspondientes al mundo mesopotámico o a la Persia antigua, donde todos los datos van llegando progresivamente hasta nosotros, muchas veces exaltados por la literatura, pero también desfigurados por la leyenda.

Sucede algo parecido con la arquitectura, cuando tratamos de definir las constantes o las influencias de un estilo, de un modo de hacer en un período determinado. Pero mientras que la piedra, el ladrillo o el mármol suelen degradarse hasta casi desaparecer, lo hacen dejando frecuentemente "algo" que nos permite,

por lo menos, establecer hipótesis sobre las proporciones de una planta o un alzado. La materia artística y estructural de un jardín es doblemente frágil y vulnerable. Porque frágil, vulnerable, y casi inexplicable es su dinámica esencia.

El gesto sensible, a veces caprichoso y sofisticado que se viene repitiendo desde hace miles de años, de seleccionar algunas especies vegetales (1) agrupándolas con un cierto orden en un espacio determinado, muchas veces haciendo una voluntaria transgresión del orden y lugar en que éstas se encuentran en la naturaleza, ha constituido un signo común dentro de la creatividad del jardín que se pone de manifiesto como una constante. Senaquerib agrandando el parque creado por su padre Sargón II, y plantando "todas las especies aromáticas del país de los hititas", o Le Nôtre, transformando una zona senagosa e insalubre, en un bosque ordenado en planos y terrazas cartesianos e inconmensurables, constituyen claros y prestigiosos ejemplos de una actitud en que el deseo de evasión, la fantasía y la nostalgia, están presentes, adaptando, transformando, y potenciando el mecanismo del jardín y de sus constantes.

El gesto selectivo de elementos vivos que implica, entre otros, este proceso, deberá estar acompañado de un paciente y continuo esfuerzo de conservación en el que se combinan la sensibilidad hacia la forma, el color, la masa, el volumen y la perspectiva, a otros factores aparentemente menos visibles y ponderables, pero también fundamentales. Podemos apuntar todos aquellos relacionados con las características del suelo, el grado de humedad, la influencia de los vientos, la previsión de los drenajes adecuados, etc. Si a esto agregamos el valor de las sombras y penumbras, es decir, el correcto uso y dominio de la luz y su influencia ambiental, el control del perfume y el sonido (nada más diferente que el sonido de la brisa entre las agujas del pino comparado con el que produce en el follaje del álamo), la buena utilización del agua: riego, surtidor, acequia, estanque, reflejo o murmullo... (agonía, pasión de agua, dice García Lorca refiriéndose a la Alhambra) o auténtico y dramático estruendo en Villa d'Este. En efecto, la paleta es amplia. La tarea de coordinar todos estos elementos en las etapas de creación, implica intuir su dinámica futura a la que debe ir unida la sensibilidad del poseedor, del usuario. De lo contrario, sin un buen equilibrio de valoración de todos estos factores, el jardín no existirá, o su existencia será lánguida y efímera. Estaremos frente a una simple plantación, una decoración floral, o un escaparate... pero no habrá jardín donde no exista esa sutil relación entre una serie de elementos, entre ellos algunos biológicamente vivos, controlados en su dinámica por la voluntad, la sensibilidad... y la paciencia del hombre. Y esto entraña grandes dificultades. La primera, la de admitir la noción de tiempo como protagonista. De tiempo en que armoniosamente se suceden, el goce estético, el esparcimiento, los trabajos, y el desencanto. Pero también la ilusión y la esperanza. Con lo cual desembocamos en la noción de jardín como sucesión de circunstancias provocadas y controladas por el hombre, pero de la mano de la naturaleza, que se equivoca menos, y suele a menudo, por no decir siempre, corregir y rectificar errores... dentro de ciertos límites.

Una segunda dificultad si admi-

(1) M. Charageat, cita las inscripciones encontradas en Ur, en el tercer milenario A.C. describiendo un jardín sagrado.

timos lo dicho anteriormente. La relación sujeto—objeto tiende a adquirir un progresivo grado de posibilidades pero también de complejidad. El hombre se fatiga, cambia de ánimo, envejece, y solicita del jardín una respuesta para sus momentos de depresión o de euforia, sus horas de esparcimiento o el simple y ocioso descanso. Pero el jardín también cambia y evoluciona constante e irremediablemente. El paso de los meses y los años, provoca una continua transformación de masas y colores, da lugar a la creación de microclimas, provocando el crecimiento de ciertas especies, el lento desarrollo de otras, la muerte y la desaparición de algunas en la lucha por un equilibrio de adaptación. Ciertos fenómenos imprevistos compensarán nuestra limitación de ciencia o imaginación. Nunca agradeceré lo suficiente a las circunstancias climáticas que permitieron que en uno de mis proyectos hiciera su aparición el musgo invadiendo muretes y contrahuellas, renovando texturas, suavizando aristas, provocando armonías inusitadas. En efecto, podemos pensar que todo este mecanismo tiene un parentesco con el teatro y con la danza que nunca termina de sorprendernos: juego de luces y sombra, sonido, desarrollo dramático de una acción en que un elemento cobra todo el carácter de protagonista, para luego fundirse en el conjunto y dejar a otro la sucesión del discurso. Renovándose siempre, otra y otra vez... Nada más opuesto a la forma rigurosamente concebida para permanecer inmutable y exacta.

Los jardines concebidos más racionalmente, y que constituyen un triunfo de la inteligencia y del orden, no han escapado a las oscilaciones expresivas del mecanismo descrito. No hay más que detenerse a analizar, en lo que va del otoño al invierno y de éste a la primavera, en cualquiera de las grandes realizaciones del siglo XVII francés. En Vaux o en Versalles, el protagonista es a veces la bruma, fundiendo las masas en planos sucesivos hasta la lejanía. Otras veces el ocre de los arces, carpes y castaños, con todos sus matices, para convertirse en invierno, bajo la nieve, en una armonía de blancos, grises y negros, donde el grafismo de las ramas alcanza las más inusitadas calidades.

Qué fácil es comprender entonces, que el jardín haya estado sometido durante toda la antigüedad a exigencias y condicionantes mágico—religiosas, por encima de las funciones estéticas, formales, entre las que fue evolucionando luego, hasta llegar a nuestro tiempo en que el gran énfasis hacia los aspectos visuales ha ido empujando a un segundo plano toda aquella substancia esencial del jardín que estaba constituida por la noción de misterio, de sorpresa, de simbolismo, en que cobraban toda su significación el sonido, el perfume, el paso de las estaciones. Solamente algunos vestigios de esta tradición nos permiten aproximarnos a su contenido cuando utilizamos más o menos intencionadamente el ciprés, el jazmín, el naranjo, la higuera, el olivo, el acanto...

No caben dudas, que estamos asistiendo a un manipular de la imagen del jardín, sin precedentes. ¿Pero qué imagen? Generalmente vacía de contenido, distorsionada, llevada y traída por una sociedad que se divide entre los que ven en el jardín una forma decadente de expresión, asimilándolo o personajes o períodos históricos superados, y los que por el contrario lo utilizan como comodín de la especulación inmobiliaria, expresión arrogante de medios, o simple campo de comercialización de la planta. Por estos caminos, el jardín ha dejado de existir para dar lugar a otras formas, pero en el terreno de la semántica, que circulan generosamente, por lo menos sobre el papel: las zonas verdes, los espacios ver-

Ultimo ejemplo de inspirada búsqueda de expresión de la fantasía y es absurdo. Parque Güell. Gaudi. Barcelona.

des, las zonas libres, las áreas verdes naturales. Todo más o menos verde, pero cuyo diseño y conservación suele tener otros colores, que están suficientemente a la vista para extenderme en su descripción. Lo cierto es que algunas nociones de ecología, de decoración, y de planificación del medio físico, han puesto de moda el verde... también podía ser el azul o el amarillo. En este como en otros temas, la falta de rigor profesional del brazo de la especulación y el oportunismo, puede producir extraños engendros que hay que llamar por su nombre que el lector, sin duda, conoce.

Continuando con "el verde público", (otro invento) es constatable lo que se le exige, en lo que tiene que ver con su función, con su evolución futura, con su conservación, con el auténtico interés que ofrece su respuesta a las necesidades de una comunidad determinada. Eso sí, suele dársele gran importancia a que sea "inaugurable", impactante. Vienen en su ayuda las fuentes luminosas, las cascaditas, las decoraciones florales, que duran diez días. Y el césped. Ese césped tan socorrido, por lo menos hasta que se convierte en felpudo. Y que sirve para justificar las delirantes instalaciones de riego que exige Madrid, por ejemplo. Un Madrid que se resiste como puede a no ser manchego, en lo que lleva razón, ya que el barniz anglosajón a parte de ser caro, no le va. No se trata, y que se entienda bien, de establecer una lucha que excluya de nuestros parques y jardines las gramíneas, el uso adecuado del agua, y la correcta utilización de la flor o de la escultura. Pero sí de proceder a la utilización de estos elementos con un claro sentido de su función, de su capacidad expresiva, y de su calidad como respuesta a ciertas necesidades de uso. Negar estas premisas al plantearse la concepción de un parque o un jardín, implica comprometer gravemente su vida futura, ya que el correcto uso que se haga de nuestro espacio, y el goce que provoque, no podrá estar nunca sentado en la arbitrariedad y la incoherencia. Admitidos como parámetros todos aquellos elementos que sean necesarios a la composición, sean vegetales o no, y que ordenados de una cierta manera pueden inducir a su valoración, conviene insistir sobre otro factor tratado a menudo con ligereza, y que está constituido por la capacidad de acogida, y las exigencias a que estará sometido, al ser utilizado, nuestro parque o nuestro jardín. Un desajuste en este sentido producirá un desequilibrio en la esencia misma de la composición, cuyo resultado no puede ser más que funesto. Planteado el problema desde el principio, el diseñador podrá echar mano de todas las astucias para multiplicar los itinerarios, crear zonas de sombra, áreas de juego y de reposo. El buen uso y conocimiento de especies vegetales arbustivas, puede colaborar en la ambientación de senderos e itinerarios de manera de lograr una utilización exhaustiva del espacio. Pero todo esto tiene un límite, ya que al multiplicar las barreras de disuasión, haciéndolas demasiado frecuentes y sensibles, provocaremos una segura reacción de agresividad en el usuario, que conciente o inconcientemente, contraataca. Los resultados están a la vista, y a la ausencia de diseño se responde desde la administración y desde cierta prensa, con el argumento de la falta de civismo, o diciendo simplemente que "la gente es muy gamberra". Como siempre, la realidad es un poco más complicada y el buen uso del espacio, y muy especialmente si se trata de un parque público, permite detectar traumas y desajustes que se producen en campos en los que el uso de un área dada está íntimamente relacionado con fenómenos que tienen lugar en el orden so-

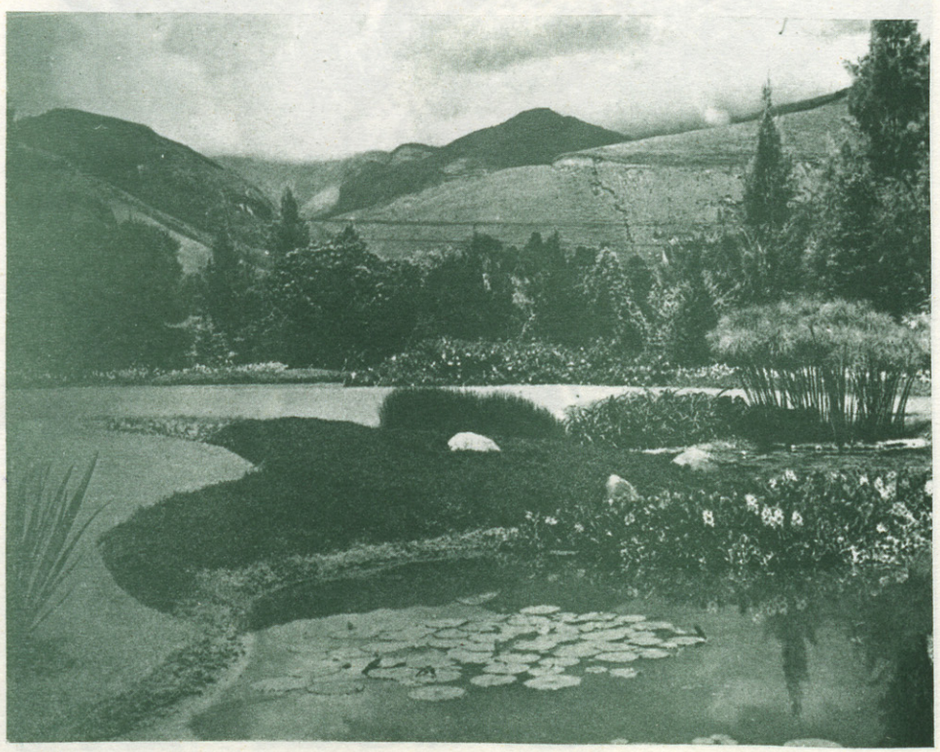
ciológico, más especialmente antropológico... y político (2).

Se puede dar el caso, aparentemente paradójico, de que la obra concebida en un determinado momento histórico, y unas circunstancias especiales, puede llegar a ser absorbida y asimilada por una comunidad con esquemas de vida y exigencias completamente otras. En este sentido puede ser oportuno destacar, el destino que han tenido algunos ejemplos fundamentales de la historia del jardín, como pueden ser Hampton—Court o el propio Versalles. Las estadísticas son bien elocuentes: uno y otro registran los índices más altos de afluencia entre los parques de la región londinense y parisién, respectivamente. Se podría decir lo mismo, con matices, de nuestro Buen Retiro y de la Casa de Campo. Las razones del éxito de este cambio de uso, son muchas y se solapan unas a otras. Por un lado, salta a la vista como evidente, un fenómeno relacionado con la generosidad en el uso del espacio y la libertad en la elección de elementos reunidos en cada composición. A lo que hay que agregar los valores acumulados en el tiempo, de tipo carismático, sentimental, cultural. La perspectiva histórica ha colaborado a potenciar una actitud fundamental para la conservación de un viejo parque o jardín, provocando una forma de apreciación que surge de los secretos resortes culturales del individuo, frente al complejo ser y existir de un fenómeno vivo, que permite evocar el pasado, proyectarlo al presente, sumergirse en la leyenda, el misterio, o simplemente dar rienda suelta a la imaginación.

Dicho esto, corremos el riesgo de poner en evidencia una verdad que sólo lo es... a medias. Aquella que nos llevaría a dar por cierto que un parque o un jardín son tales, solamente cuando su carga histórica, su anécdota o los siglos, se han apoderado de él. Lo que sí es indiscutible, es que un jardín es algo más que una correcta plantación. Que la buena ejecución de un proyecto, no lleva implícita la amplia gama de exigencias correspondientes al diseño en sí. Con lo cual llegamos a la conclusión de que el diseñador de jardines deberá estar especialmente alertado para saber responder a una serie de presiones entre las cuales habrá que incluir el buen conocimiento del mundo vegetal, pero también el dominio de otros aspectos de la composición capaces de articularse en la dinámica de su quehacer creativo. Proyectar de espaldas a las condicionantes físicas y a la vocación del sitio, parece tan inviable, como el hacer recaer la responsabilidad del proyecto sobre el vendedor de plantas. Ambas circunstancias son de uso corriente entre nosotros. Los resultados están a la vista de todos.

Una justificada y creciente inquietud se viene constatando desde hace unos años, con relación al planeamiento físico, la conservación del paisaje, la lucha contra la contaminación, en fin, la calidad del medio ambiente. Paralelamente se aprecia un lógico fenómeno de acercamiento a la naturaleza, y "a la imagen del verde". Los especuladores del suelo, los promotores inmobiliarios, y la administración, interpretan cada uno a su manera el fenómeno. Ya habíamos asistido al éxodo del habitante del paisaje rural hacia la ciudad. Nos faltaba ver la descontrolada invasión en sentido inverso, y constatar como se las arregla el encinar para soportar la presencia de la piscina, el sauce llorón y la barbacoa. El aporte valioso del parque y el jardín integrándose al tejido urbano, quedará para otra ocasión. En cuanto al paisaje... será cuestión de buscarle otro nombre.

Hay síntomas sin embargo de que otras situaciones son posibles, en la medida de que la sociedad sea capaz de asumir lo que el fenómeno urbano tiene de bello y positivo, utilizando los medios culturales y políticos necesarios para eliminar de los mecanismos de expresión los desenfoques y espejismos. En estas condiciones, las zonas verdes estarán en condiciones de reencontrarse con su identidad, y convertirse en jardines.

(2) Edward T. Hall. "Enfoque antropológico del uso del espacio".

La invención de un nuevo lenguaje, capaz de rescatar la flora tropical para la mejor expresión del jardín comtemporáneo. Roberto Burle Marx, paisajista. Brasil.